

Oscar Strada

AP, miembro de la ELP y de la AMP en Alicante.

Título: *El efecto Hurbinek*

Hurbinek era el nombre que, no se sabe quién se lo puso a un niño de tres años, que tampoco se sabe bien cómo es que había nacido en Auschwitz en ese ambiente concentracionario. Tampoco se sabía exactamente quienes habían sido sus progenitores. La madre había sido una prisionera probablemente húngara que habría terminado en el crematorio. Respecto de su genitor biológico, no se sabía exactamente si había sido un kapo de un determinado barracón o un guarda nazi. Milagrosamente el niño había sobrevivido tres años y era uno de los afortunados que se encontraban a la espera de ser trasladados, al día siguiente de la liberación del campo, el 27 de enero de 1945. Hurbinek fue uno de los 196 sobrevivientes de los casi un millón de prisioneros exterminados en Auschwitz. Su cuerpo era un despojo, estaba semiparalítico, sus piernas finas y atrofiadas “delgadas como hilos.” El niño murió en los primeros días de marzo, vivió en libertad cerca de dos meses, vivió libre pero no redimido, escribe Primo Levi en “La Tregua”,(1) el segundo libro de la trilogía de Auschwitz. “Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías”.(2)

Pero había algo más, a Hurbinek, le faltaba la palabra, nadie había intentado introducirlo en el mundo de los seres parlantes, aunque él intentaba emitir algunos sonidos indescifrables. Había sido hasta entonces una “libra de carne” abandonada en algún rincón al que se lo alimentaba como a un animalito doméstico. A partir de la liberación, un muchacho de quince años, de origen húngaro llamado Henek, se había impuesto la magna tarea de transferirle el significante que lo convirtiera en un parletre. Quería que Hurbinek tomara nota y firmara el recibo del significante de su propio nombre y recibiera el don de la palabra. Una semana después de comenzar su tarea, Henek anunció seriamente que Hurbinek, había dicho una palabra.

¿Qué palabra? Una palabra difícil de pronunciar, una palabra húngara quizá. Esa palabra indescifrable, que anunciaba el triunfo de la humanidad sobre el vaciamiento al que había sido sometido Hurbinek, empezó a ocupar con entusiasmo al pequeño grupo que se había formado alrededor de él y de Henek. Se trataba de saber en sus mismos fundamentos, “lo que hablar quiere decir”. Aquí se trataba de un significante único, pero también absoluto. La palabra sonaba algo así como “massklo o matiska”.

Todo el grupo alrededor de Hurbinek intentaba descifrar lo que esos sonidos querían decir. El pequeño grupo estaba constituido por personas que procedían de distintos países europeos, que disponían de distintos códigos de desciframiento, pero la palabra

de Hurbinek quedo indescifrable y se resistía al sentido tranquilizador. La palabra, escribe Levy, no era un mensaje, ni una revelación, quizá fuese su nombre, si era que lo tenía, “Hurbinek había nacido en Auschwitz y nunca había visto un árbol” había luchado como un hombre hasta el último suspiro por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial, lo había exiliado: Hurbinek era el nombre que sustituía a la falta de nombre, Hurbinek era la metáfora significante del sinnombre.

¿Y que es tener un nombre? Es tener a disposición un significante que represente al sujeto para otro significante, una posibilidad de ser nombrado y tener un lugar en el Otro. Tener un nombre posibilita la emergencia de un decir. Tener un nombre es una condición de existencia. Tener un nombre es la condición de responder a la pregunta “quien dice” y a partir de ahí puede surgir la interrogación segunda, sobre lo que “hablar quiere decir”. Para el psicoanálisis como disciplina de la singularidad, ésta no puede funcionar sino a partir de la particularidad del nombre propio. El pequeño grupo sobreviviente de Auschwitz tenía muchas razones para obsecarse con Hurbinek y con el afán de Henek.

En el poema el Golem, Borges escribe (3)

*Si como afirma el griego en el Catilo  
El nombre es el arquetipo de la cosa,  
En las letras de Rosa, está la Rosa  
Y todo el Nilo en la palabra Nilo*

Ahí se encuentra el poder performativo de la palabra. La idea de que al principio era el verbo. La relación entre el lenguaje y la sacralidad es la idea de que Dios creó el mundo mediante palabras y por lo tanto la palabra puede cambiar la realidad. Lo bendito, es por eso lo bien dicho, aun cuando se trata de palabras inaudibles o impronunciables como el tetragramaton YVHV. Por eso quizá la palabra impronunciable de Hurbinek era un estímulo más que una imposibilidad. La palabra pronunciada por Hurbinek, se repetía como un juego gozoso que funcionaba como un objeto oral, instalando un objeto voz, por primera vez.

No había un enunciado claro, pero si enunciación. Hablar para el psicoanálisis es renunciar al goce del viviente y abrirse al Otro. Hablar va ligado a la condición de sujeto, por eso era decisivo descifrar esa palabra sin sentido o poder atribuir a esos vocablos la condición de la palabra, y los escuchantes debían poder sancionar si era o no una palabra que se abriera a algún sentido. Querían poder elevar los vocablos a la dignidad de la palabra.

Conocimos la existencia de Hurbinek por el relato de Levy, otra vez lo simbólico como vía de acceso a lo real. Lo interesante para el psicoanálisis de la historia de Hurbinek es la relación entre la condición de sujeto y la palabra. ¿Si no hay sujeto qué puede interesar de la palabra?

---

Lacan en Problemas Cruciales del Psicoanálisis, (4) resalta el poder sensorial, la sutura corporal que deja como marca, una palabra, aunque sea un hueso sin sentido. También aquí Lacan despeja el fundamento de la repetición del lado del Uno con la del 0 del lado del sujeto.

La palabra puede tener un valor de intercambio o también puede tener un valor de goce que se imponga sobre todas las significaciones y se torne en una palabra autónoma que no remita a un S2 y que se imponga como una jaculatoria pulsional. Entonces esto puede cuestionar la operación analítica de la lectura de un síntoma e introduce una letra que agujerea el sentido.

Maskle o Matiska, es entonces la expresión de un goce fuera de sentido.

Hurbinek escupe un vocablo, que se comporta como la fórmula del matemático que permite soportar un agujero en el saber, una escritura sin sentido cuya fundamentación es la basculación sobre la inexistencia. Dado que Hurbinek no pudo progresar más allá de ese vocablo, éste se convirtió en una sostenida iteración produciendo un algoritmo de repetición. Maskle o Matiska, deletrea un real reducido a la materialidad de la letra. Maskle interroga la relación entre el Uno y la Letra, que responde a campos divergentes. Por un lado el campo del significante y por el otro el campo del goce. Maskle se sitúa más allá de los límites de la ontología como letra que existe al sentido por un goce que es a su vez, una defensa contra un goce anterior a la separación y por eso es absolutamente indecible. Maskle es la cifra de un goce indecifrible Maskle interroga sobre lo que hablar quiere decir tomado al pie de la letra. Maskle es una forma del Uno encarnado en la lengua, es algo que queda basculando entre el fonema y la palabra a la que puede aplicarse el algoritmo de la repetición interactiva.

*o.strada@hotmail.com*

#### Referencias:

1. Levy, Primo, *La Tregua*, El Aleph Editores, Barcelona 2005, p.30
2. Ibid, p.33.
3. Borges, J.L. *Obras completas El Golem*, RBA, Barcelona 2005, p.885
4. Lacan, Jacques. *Seminario 12. Inédito*. Clase 10, del 3/3/65